

Editorial

Pueblo, tradición y religiosidad popular

“En todo caso, lo oficial, la vida oficial, pasa aquí a un segundo plano, porque lo que a este enfoque le interesa no es lo que hacen los próceres, las minorías, los hombres, los dirigentes, los reyes, los capitanes, los obispos..., sino lo que hace el pueblo, sus hábitos cotidianos, sus inclinaciones, sus fantasías, esa vida íntima que recogen principalmente las tradiciones populares”.

(Luis Maldonado, 1985)

Durante la primera mitad del siglo XX, inició en Francia un pensamiento sistemático en torno al término “popular”. Así, para A. van Gennep y P. Saintyves, lo popular es lo opuesto a todo aquello que es oficial, es decir, lo contrario a lo que proviene de una autoridad en cierto modo exterior al grupo. Es también lo opuesto a lo “aprendido” en la escuela y en la universidad, a lo académico.

Van Gennep hace una precisión muy importante entre lo popular y lo popularizado, es decir, entre lo originario y lo genuinamente nacido del pueblo y lo “introyectado” en él por diversas vías. Esto no implica que lo popularizado necesariamente es negativo, puesto que no es posible la endogamia cultural absoluta. A manera de ejemplo, pueden señalarse los estudios sobre religiosidad que se publican en este número, en donde lo popular, en cuanto a creación del pueblo está presente, pero lo popularizado, en cuanto asimilación e injerto de valores exteriores también lo está.

P. Sebillot y A. Varagnac equipararon lo popular a ese saber que se transmi-

te por tradición (lo que se va legando y pasando de una época a otra). Así, pueblo es, por lo tanto, la tradición, o mejor, aquel grupo humano que tiene una especial sensibilidad para recoger y transmitir la tradición, lo tradicional.

Sin embargo, volvemos al planteamiento anterior, “sentido de la tradición” no significa, de por sí, tradicionalismo o conservadurismo, lo cual en el fondo es la negación de la tradición.

En este sentido la religiosidad del pueblo deviene en parte del pueblo, es decir, de la tradición y lo popular, en tanto que “realidad reactiva frente a lo oficial, busca relaciones más sencillas y más directas con lo divino; es decir, intenta por una parte, dejar de lado determinados esquemas excesivamente intelectuales, métodos discursivos que constriñen y paralizan sus fuerzas, sus impulsos instintivos y emociones y, por otra parte, busca soslayar imposiciones clericales que, en vez de mediación, son muros y camisa de fuerza”, (M. Meslin).

Para el erudito español Ramón Menéndez Pidal, la tradición no es un sim-

ple transmitir, lleva implícita la asimilación por el pueblo, es decir, la acción continuada e ininterrumpida del pueblo a través de diversas variantes. Es algo colectivo, una obra colectiva, también anónima. Pero su anonimato no proviene de que haya sido olvidado el nombre de su autor, si no que es obra de muchos autores. Puede también decirse que es una obra impersonal o, quizás mejor, no individual, pues su existencia no depende de una voluntad individual, aislada, si no de muchas y diversas.

En síntesis, lo popular es aquello que, proviniendo de una creación individual, el pueblo lo recibe como suyo y lo toma como propio, como perteneciente a su tesoro cultural.

Ciertamente esta noción de pueblo, lo popular y la tradición no se agota, pues habría que recordar la advertencia del filósofo italiano Antonio Gramsci, para quien la noción de pueblo no debe verse en "abstracto", si no en relación con su cultura y su religiosidad. Gramsci, al abordar la cuestión de la religiosidad, que para el contexto italiano denomina "catolicismo popular", por el fuerte ascendente de esta corriente del cristianismo, piensa que dicho folklore representa "la concepción del mundo y de la vida presente en amplias capas de la sociedad opuestas a las concepciones oficiales del mundo, propias de las clases dominantes más cultivadas".

Este mundo religioso subalterno

del pueblo, que según Gramsci, es el de las clases rurales italianas con sus devociones fuertemente emocionales, su culto a María y a los santos, su sincretismo pagano-cristiano, etc., los considera nuestro autor como expresión de una "resistencia pasiva" de las clases populares, durante siglos las más pobres y marginadas, frente a la imposición de las clases hegemónicas, incluida la iglesia.

Si se quiere ser más contundente que Gramsci, esta tradición y religiosidad del pueblo no puede desvincularse de la memoria, en tanto "recuerdo peligroso y subversivo" (H. Marcuse y J. B. Metz), en cuanto remembranza de conflictos resueltos por mera represión y, por lo tanto, de esperanzas abortadas, fallidas. Dicha memoria trae al presente unas posibilidades que parecían malogradas, eliminadas, pero que vuelven a tomar vigencia gracias al potencial de ciertos símbolos, imágenes, textos, relatos e impulsos vitales de libertad. Así la noción de memoria no es, pues, una noción inocente, pacífica, o falsamente armónica, como no lo puede ser la noción de pueblo.

Algo o quizá mucho de todo este planteamiento está en el trasfondo de los trabajos que sobre religiosidad se dan a conocer en este número 8 de la Revista HUMANIDADES, cuyo Consejo Editor ha estimado importante para observar y reflexionar desde un ángulo distinto esta cuestión, es decir desde la academia.